

*El acontecimiento será  
nuestro maestro interior.*

Emmanuel Mounier

## EDITA

**Instituto Emmanuel Mounier**

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

*Dirección del I. E. M. en Internet:*

<http://www.mounier.org>

*Correo electrónico:*

[iem@pangea.org](mailto:iem@pangea.org)

## CONSEJO DE REDACCION

José María Berro

Juan Ramón Calo

Antonio Calvo (*Presidente  
del Instituto E. Mounier*)

Luis Capilla

Carlos Díaz

José Fernández (*SOLITEC*)

Luis Ferreiro (*Director*)

Teófilo González Vila

Eduardo Martínez

Manuel Sánchez Cuesta

Rafael Á. Soto

José María Vinuesa

*Correo electrónico Director:*

[lferreiro@interbook.net](mailto:lferreiro@interbook.net)

*El Instituto Emmanuel Mounier  
trabaja desde la sociedad civil al ser-  
vicio de los valores de la persona en  
comunidad. Todas las personas que  
colaboran en esta revista y en el resto  
de sus actividades lo hacen de mane-  
ra voluntaria y desinteresada.*

Periodicidad: trimestral.

Administración, suscripciones,  
publicidad:

**Instituto Emmanuel Mounier**

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Teléfono/Fax: 91 473 16 97

Déposito legal: M-3.949-1986

*Diseño y producción:*



LA FACTORÍA DE EDICIONES

Plaza del Callao, 1 - of. 407

E-28013 Madrid (España)

Teléfono/Fax: 91 521 32 20

Impresión: Color 2002, S. L. (Getafe)

# El personalismo contra la soberbia de las naciones

Luis Ferreiro

Director de *Acontecimiento*.

«En una era nacionalista las socieda-  
des se adoran abierta y descaradamen-  
te»

(E. Gellner. *Naciones y nacionalismos*)

**E**l nacionalismo es una forma de  
conocer, de actuar, de tener y  
de ser. En primer lugar es una  
forma de verse y comprenderse como  
grupo humano, y de mirar y compren-  
der a otros grupos humanos, recono-  
ciendo diferencias que sirven clasificar  
a la humanidad en naciones –ellos– en  
torno a un centro –nosotros–. Es, por  
tanto, un **egocentrismo** de grupo.  
Las naciones son el resultado de ese  
modo deformado de conocimiento y,  
sean lo que sean las naciones, es indu-  
dable que «el nacionalismo engendra  
las naciones, no a la inversa» (Gellner,  
p. 80). Es decir, sean aciertos, errores,  
engendros o lo que sean, podrían y  
deberían ser objeto de la razón crítica,  
aunque les pese a los nacionalistas.<sup>1</sup>

Esas naciones y los nacionalismos  
correspondientes suelen entenderse  
mediante categorías como necesidad y  
contingencia, naturaleza y artificio,  
esencia y circunstancia, etc.,. Los posi-  
bles tipos de nacionalismos pueden  
clasificarse entre dos extremos.

Por un lado, aquel que acepta su  
contingencia, artificialidad y circuns-  
tancialidad en el espacio y en el tiem-  
po y que, por tanto, se entiende a sí  
mismo como fenómeno histórico des-  
tinado a la consecución de unas metas  
determinadas. Es el llamado naciona-  
lismo político: la voluntad y la libertad  
de los hombres es lo que determina la  
existencia de la nación. La nación, de-  
cía Renan, es un plebiscito de todos  
los días, «una gran agregación de  
hombres, sana de espíritu y cálida de

corazón, crea una conciencia moral  
que se llama nación. Esa conciencia  
moral es legítima y tiene derecho a  
existir, en tanto pruebe su fuerza por  
los sacrificios que exige la abdicación  
del individuo en provecho de una co-  
munidad» (citado por J. M<sup>a</sup> Vinuesa).  
Tendría la virtud de sacar a los indivi-  
duos de su encierro en sí y para sí mis-  
mos en favor de una comunidad, si esa  
comunidad no se encerrara en sí mis-  
ma y al individuo en ella, y monopoli-  
zara para sí su esfuerzo. Por eso ha si-  
do útil a muchos pueblos para liberar-  
se de potencias imperiales.

En el otro extremo se encontrarían  
aquellos que se entienden a sí mismos  
como:

- Necesarios: pues «... toda chica de-  
be tener un marido, y preferible-  
mente el suyo, y, actualmente, toda  
cultura desarrollada quiere un esta-  
do, y preferiblemente el suyo.» (Gellner, p. 73).
- Naturales: ya que según «... la pre-  
sunción más desafortunada del ideó-  
logo nacionalista... las 'naciones'  
están ahí, como lo más natural del  
mundo, y que tan sólo están aguar-  
dando a que llegue el 'príncipe  
azul' nacionalista que las arrancará  
de su triste letargo» (Gellner, p.  
69).
- Esenciales: la nación es una especie  
de idea platónica o romántica, una  
esencia eterna destinada a imponer-  
se, necesariamente, a los grupos  
humanos existentes, cuyo estado  
actual no es más que falsa aparien-  
cia.  
Llamado nacionalismo cultural,  
mejor sería llamarlo naturalista; en él  
la voluntad y libertad de las personas  
están sometidas fatalmente al destino

inexorable de la nación, «... no es realmente el hombre quien habla, sino la naturaleza es quien habla en él y se manifiesta a sus semejantes», es Fichte quien habla, «... Toda nación quiere extender su dominio propio tan lejos como pueda y tanto como dependa de ella, anexionarse toda la especie humana conforme a un **instinto** enraizado por Dios en el hombre; sobre ese instinto se basan las comunidades de los pueblos, las querellas de unos con otros y su progresivo perfeccionamiento». Obviamente, éstas son las antípodas de una perspectiva personalista.

Pero lo peor es que no queda todo en un defecto de visión. El error de concepto suele convertirse en una subversión antropológica, en una deformación de la visión de los hombres y de los pueblos de graves consecuencias éticas. Se nacionaliza a las personas como se marca al ganado. A fuerza de costumbre lo artificial se llega a ver como natural, hasta el punto de que una circunstancia personal sobrevenida a través de azarosas contingencias históricas se vuelve esencia determinante:

«Tener una nación no es un atributo inherente al ser humano, pero hoy en día ha llegado a parecerlo.

De hecho, las naciones, al igual que los estados son una contingencia, no una necesidad universal. Ni las naciones ni los estados existen en toda época y circunstancia.» (Gellner, p. 19).

El mundo se divide en –y entre– nosotros y ellos, un «nosotros» separado y aislado (un ego colectivo individualista), activo y poseedor, que dice **nuestro**, que no se reconoce referido a los demás pueblos como a un «vosotros», sino como a un «ellos» mudo, pasivo, apropiable y nacionalizable. Se comprende que Mussolini designara al nacionalismo como «**el sacro egoísmo**». Mounier llega a decir que «el individualismo ha encerrado a las naciones igual que al individuo en unas reivindicaciones de interés o de prestigio, en una voluntad de desconocer lo extranjero, en una avaricia e irritabilidad que constituyen propiamente el fenómeno nacionalista.»

El paso siguiente del nacionalismo es la encarnación histórica y material de la idea. La ideología manipula los sentimientos afectivos espontáneos de pertenencia a una patria, es decir a un paisaje y a un paisanaje, a un mundo vivo y concreto, para servir a una entelequia detrás de la cual se esconde la voluntad de poder de una élite, como se ha demostrado en numerosas ocasiones. No es extraño que Massimo de Azeglio lo reconociera: «Hemos hecho Italia, ahora tenemos que hacer los italianos» (citado por E. Hobsbawm). Como bien observó Mounier: «El patriotismo se eleva de las personas a la nación; el nacionalismo desciende del Estado a las personas, e his-

tóricamente de las grandes naciones a las pequeñas. *El nacionalismo se sirve del patriotismo como el capital se sirve del sentimiento natural de la propiedad personal*, a fin de dar a un sistema de intereses o a un **egoísmo colectivo** un alimento sentimental al mismo tiempo que una justificación moral.»

La combinación de miopía para la semejanza y agudeza visual para la diferencia afecta a las relaciones con otros pueblos y con el resto de la humanidad. Una especie de fariseísmo colectivo infecta la relación con los otros al anteponer el convencimiento de que no somos como los otros hombres: nosotros somos distintos y distinguidos. En consecuencia, un **narcisismo colectivo** convierte el icono de la patria en el ídolo de la nación y a los pueblos en **ególatras** que interrogan al espejo mágico: «espejito, ¿cuál es la **más** bella entre las naciones?» No importa ser, sino ser más, terrible orgullo del ser, raíz del resentimiento de las naciones y de sus guerras. Así lo vio Mounier, y así parece que sigue siendo: «...es la nación-estado quien quiere convertir a la patria en divina y sagrada, exige para sí un culto, una devoción, unos mártires y propaga todo este lenguaje idólatra hasta el corazón mismo del mundo cristiano. ... me impone no amar *antes* más que amando *contra*... me impone indignarme contra los fascismos 'enemigos' alabando a los fascismos 'aliados'... Tras la cul-

## IMPRESO PARA DOMICILIACIÓN BANCARIA

*fotocopie y envíe este formulario*

Para enviar al Instituto E. Mounier (Melilla, 10 - 8º D / 28005 Madrid)

Nombre .....  
Apellidos .....  
Domicilio .....  
Población ..... Provincia ..... C.P. ....  
Correo electrónico .....  
Banco o Caja .....  
Domicilio del Banco o Caja ..... C.P. ....

**Código Cuenta Cliente (CCC)** (*escriba todos los números*)

Entidad	Agencia	D.C.	Número de cuenta
<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>	<input type="text"/>

**Importe:** ..... pesetas, que corresponden a (*marque lo que corresponda*):

- Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 2.000 pesetas).
- Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 4.000 pts./año).

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha .....  
Banco o Caja .....  
Domicilio del Banco o Caja ..... C.P. ....  
Agencia Nº .....  
Nº de cuenta .....

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por el Instituto Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma:

Titular .....  
Domicilio .....  
Población ..... C.P. ....

tura dirigida, tras la economía dirigida, he aquí el sentimiento dirigido, el amor y el odio masivos de los pueblos fabricados con la misma racionalización intensiva que la producción centralizada.» (Emmanuel Mounier, *Manifiesto al servicio del personalismo*. O.C. I, págs. 733-4).

Así pues, el papel de la nación en la historia no ha sido la representación del conjunto de la humanidad bajo la forma de un rostro colectivo próximo, sino la proyección megalómana de los egocentrismos, egoísmos y egolatrías de la sociedades de masas.

La nación ha excluido a las personas y ha obstaculizado la realización de la unidad de la humanidad. ¿Cabe, entonces, preguntar si son compatibles nacionalismo y personalismo? Un esfuerzo de acercamiento comprensivo no puede olvidar los hechos empíricos. No conocemos hasta hoy ningún nacionalismo:

- Que haya fomentado el altruismo más allá de los límites de la propia nación y sacrifique sus intereses por los del conjunto de la humanidad.
- Que busque la igualdad entre las naciones en lugar de la jerarquía.
- Que dé prioridad a la justicia sobre la soberanía.
- Que haya renunciado a la carrera de armamentos.
- Que haya renunciado a clasificar y excluir a los extranjeros...

Todavía hoy, por poco tiempo más, la soberanía de la nación, soberbia del poder político, opone el interés público de la nación a un interés público del conjunto de la humanidad, aún no reconocido como bien jurídico a proteger, mientras a grandes pasos va siendo sustituida por **la soberanía del dinero**, soberbia del poder económico, que hoy se presenta con el nombre de **globalización** y representa los intereses privados de unos cuantos miles de ricos contra el interés privado de los que no tienen nada, y que va haciendo cada vez más irrelevante a la primera sin mejorar la suerte de la humanidad empobrecida y humillada.

La globalización no es enemiga de la nación, hay que recordar que el siglo XX ha fabricado unos ciento cin-

uenta estados de los 207 que hoy existen. De hecho, la globalización de la fórmula política estatal no sólo es fruto de los sentimientos, lo es también del proceso de expansión del capital. Como aquel político francés de la postguerra que decía: «Me gusta tanto Alemania que prefiero que haya dos», las fuerzas de la globalización también preferirían dos naciones por kilómetro cuadrado, especialmente si son paraísos fiscales. A más estados, más debilidad estatal y más fuerza de los señores del dinero.

El deber de **un proyecto político personalista** es combatir contra la soberanía de las naciones y contra la soberanía del dinero, ya que ambas excluyen a los pobres e impiden, por tanto, la verdadera fraternidad universal. En este proyecto son objetivos mínimos, a modo de ejemplo:

- Desnacionalizar la justicia, acabar con los privilegios de los ciudadanos de las naciones enriquecidas y facilitar así una democracia y una ciudadanía universal. Cualquier persona, independientemente de su etiqueta nacional, debe gozar de la protección jurídica de sus derechos y libertades fundamentales donde quiera que se encuentre. Un Tribunal Penal Internacional, con jurisdicción universal y capacidad para juzgar crímenes contra las personas y delitos económicos de empresas y bancos transnacionales, es irrenunciable.
- Desarmar progresiva y simultáneamente a los ejércitos nacionales y a las alianzas militares.
- Universalizar bienes básicos que hoy sólo están al alcance de minorías. La vida y la salud deben ser protegidas para todos los seres humanos. La alimentación y la salud deberían presupuestarse a nivel mundial. Esto incluye la protección de la agricultura, pues lo que es bueno para los agricultores de la Unión Europea también debe serlo para los agricultores marginados del Tercer Mundo. Sería deseable crear un sistema sanitario público para toda la humanidad para poner la salud y los cuidados médicos al

alcance de todos.

- Fiscalidad mundial de las rentas y riquezas. La existencia de las naciones, con sus sistemas modernos de Hacienda Pública, ha significado una mejor redistribución interior de la riqueza en muchos países, pero también restringe sus beneficios territorialmente. Hay que poner las bases de un sistema fiscal mundial de redistribución de manera que, mediante instrumentos como un impuesto progresivo independiente de la nacionalidad, se transfiera riqueza a favor de los más desfavorecidos.

La renta mundial en 1999 fue de 30 billones de dólares (B.\$), de ellos 26,4 B.\$ se los apropiaron 896 millones de personas (naciones de altos ingresos), que tocaron a 26.440 \$ *per capita*. Otros 2.400 millones de personas (países de bajos ingresos) se tuvieron que contentar con 1 B.\$, es decir, 420 \$ *per capita* (unas 80.000 ptas. por persona y año).<sup>2</sup>

Sólo nos vale una perspectiva universal, ignoremos las fronteras: un sistema fiscal que gravara a los primeros con un impuesto del 4,25%, permitiría doblar los ingresos de los 2.400 millones de personas más pobres.

Estas propuestas, a modo de ejemplo, que exponemos de modo simplificado, y otras muchas, son realistas y puede llevarse a la práctica sin grandes dificultades técnicas. Con seguridad harían a la humanidad más humana. El nacionalismo y la globalización son los principales obstáculos políticos para realizarlas, por eso siguen siendo una utopía por la que el personalismo debe luchar, ya que para él, como dijera Mounier, «ninguna política es exterior» y toda ella es ética.

#### Notas

1. Entre nosotros José María Vinuesa ha realizado esta crítica con gran agudeza en: *Los nacionalismos. Viejas ideas en el nuevo milenio*. (Cf. Libro del Trimestre).
2. Datos del Banco Mundial.